

VIEJO ESPECTADOR



Carlos Sentís

# Moderar y arbitrar

**T**odavía hay quienes piensan que se puede alcanzar un pacto de Estado –trabajado como nadie por Duran Lleida–. Se ha podido percibir que si Zapatero rectificaba a fondo puede conseguir el apoyo de grupos parlamentarios –y quizá incluso del PP– para llegar a un acuerdo, aunque fuera una sombra del de la Moncloa. Son muchos los que han reprochado al presidente del Gobierno, en el Parlamento y fuera de él, su ilusionismo al creer en la posibilidad de nuestra salida de la crisis, casi sin más. Otros han criticado medidas que ha tomado de corto alcance y poca efectividad. Se podrían citar algunos economistas que han visto las cosas tal como eran antes de que estallara la realidad en Europa, pero cabe señalar que uno de los primeros en hablar claramente de la conveniencia de unos acuerdos ha sido el rey Juan Carlos. Sin ir más lejos, el día en que pronunció por televisión su mensaje de Fin de Año.

Sería quizá algo exagerado decir que sus recientes apariciones públicas rememoran la del 23-F. Entonces pudo actuar de uniforme ante las cámaras de televisión porque una de las pocas prerrogativas que tiene el rey de España es la de interpretar la jefatura de las Fuerzas Armadas. Cuando tuvo lugar la redacción de la Constitución los socialistas procuraron limitar en lo posible sus facultades, pero no le negaron dicha jefatura porque pensaron que podía ser muy útil en un momento dado. En otro aspecto del “reinar, pero no gobernar”, se establece que el Rey puede moderar y arbitrar cuando lo crea conveniente. Es justamente lo que está haciendo ahora.

No ayuda a ningún partido. Ni al Gobierno, ni a la oposición. Simplemente defiende el papel de España, como ha hecho hace un par

de días con su larga entrevista –almuerzo de trabajo– con el presidente Obama en la Casa Blanca.

El papel del rey en las constituciones políticas modernas no siempre es igual en todos los países. Ni en todos los momentos. Mantener a la corona como no responsable de la política, que cae de lleno en el gobierno de turno, evita que cualquier tropiezo real ponga en crisis el sistema entero. Precisamente en España tenemos un ejemplo claro del delicado papel del monarca, solo o acompañado en la jefatura del Gobierno.

Antes de Víctor Manuel de Italia, que cayó arrastrado por el derribo del fascismo mussoliniano, y mucho antes también de la abdicación de Constantino de Gre-

cia, tras la dictadura de los coroneles, la historia nos ha dejado la vicisitud de don Alfonso XIII. Tenía, además de poder político –nombrar primer ministro o disolver las Cámaras– plena jefatura militar. Esto lo llevó a intervenir excesivamente en la peripecia guerrera del Rif, en 1921. Fue él quien impuso al general Fernández Silvestre, responsable directo del descalabro de Monte Arruit frente el cabecilla Abdelkrim. Justamente para disimular el error del rey, el general Miguel Primo de Rivera, aprovechando también otras circunstancias, proclamó su dictadura, en 1923, desde su capitania general de Barcelona. Don Alfonso convivió con la dictadura siete años. En los últimos tiempos, consciente de la impopularidad de don Miguel, hizo lo que de entrada tenía que haber hecho: anular toda dictadura. El cese del dictador, por tardío, no le sirvió, puesto que la ola popular había ido más allá.

En efecto, cuando el Rey nombró primer ministro a Dámaso Berenguer, que era uno de los que se habían opuesto a Primo de Rivera, apareció en *El Sol* de Madrid un artículo diciendo: “No es Berenguer el problema, sino quien está detrás”. Era una primera voz levantada por el prestigioso don José Ortega y Gasset, a quien se le atribuye el *Delenda est monarchia*.

Que el Rey tenga condiciones políticas es una positiva posibilidad. Cuando concurren, como en el caso de don Juan Carlos, se puede lamentar que no gobierne. Sin embargo, siempre existe la garantía de que la Corona permanezca fuera de la responsabilidad ejecutiva preservando en todo momento la institución.

Sea como sea, debemos celebrar, una vez más, el acierto que tuvo nuestro país al restaurar la monarquía que inició la transición y que ha significado los mejores años de nuestra historia. ●



OSCAR ASTROMUJOFF

Francesc-Marc  
Álvaro

## Expertos y políticos

**S**i usted es gobernante, le chuta la pelota al experto de turno y, luego, Dios dirá. El asunto, aunque viejo, siempre asoma. Dada la alta complejidad de los retos que tratan los parlamentos democráticos, los técnicos, científicos, asesores y consultores tienen empleo asegurado, con y sin crisis. En el Ayuntamiento de Barcelona, sin ir más lejos, alguien cobró un puñado de euros por recomendarle al alcalde que debía relacionarse más con la prensa de Madrid, un hallazgo original que, obviamente, sólo una gran eminencia podía llegar a formular.

Pero, dejando a un lado los encargos alimenticios que se hacen a los amigos y camaradas, es un hecho que cualquiera que hoy quiera gobernar debe hacerlo con instrumentos fiables de aproximación a la realidad, y ahora no hablo de las encuestas, que tan exageradamente condicionan los actos de nuestros cargos electos. La ciencia y la técnica están, también, para que las decisiones del político sean menos arbitrarias. Los malentendidos mayúsculos surgen cuando el trabajo de los científicos y los técnicos se con-

¿Qué ocurre cuando los guardianes del dogma han de reconocer que no tenían toda la razón?

vierte en dogma. Así ha ocurrido con el cambio climático, desde hace algunos años. Los errores, deslices, inexactitudes y chapuzas en varios trabajos del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (IPCC) de la ONU nos invitan a preguntarnos acerca de la validez de las políticas habituales sobre medio ambiente y energía. Si la base técnica de una prioridad gubernamental está repleta de datos más que discutibles, tenemos el deber de revisar ese objetivo político. ¿Qué ocurre cuando los guardianes del dogma (blindados tras la verdad científica) han de reconocer que no tenían toda la razón?

Expertos –bueno es recordarlo– los